

él, Dios propagará su Verbo; por ella correrá un manantial de pura verdad: como un nuevo astro, disipará las tinieblas de la ignorancia, y hará lucir sobre los hombres una luz desconocida hasta ahora.

Y se retiró. El tornero que no comprendía ninguna de estas palabras, ejecutó la máquina y la llevó al monasterio de Arbogasto.

Esta fué la primera prensa.

Al ponerla en manos de Gutenberg, el tornero comenzó á dudar, y pensó si existiría allí algun misterio.

—Veo bien, señor Juan, dijo á Gutenberg, que estais realmente en comercio con los espíritus celestes; así, desde ahora yo os obedeceré como á un espíritu.

XV.

Al momento que se vió en posesion de su prensa, Gutenberg comenzó á imprimir. Se sabe poco acerca de los primeros libros que salieron de su prensa, pero el carácter profundamente religioso del inventor, no deja duda sobre la naturaleza de las obras á que debió consagrar las primicias del arte. Se cree que fueron libros sagrados. El arte inventado por Dios y por la inspiracion de Dios, comenzó por Dios. Las impresiones posteriores de Maguncia lo atestiguan: los divinos cantos de los Salmos y la célebre Biblia latina, fueron en Maguncia las primeras páginas que cayeron de la máquina inventada por Gutenberg, y aplicada al uso de las mas piadosas facultades humanas, el entusiasmo lirico por su creador y el gemido terrestre sobre sus destinos. La alabanza y el rezo fueron, en las manos de este hombre piadoso y desgraciado, los dos primeros gritos de la prensa; de ello debe siempre gloriarse.

Faltan pormenores, hasta en Estrasburgo y Maguncia, á donde hemos acudido, acerca de estas primeras impresiones auténticas, porque ora por humildad, ora por orgullo, Gutenberg no hizo poner su nombre en ninguna de estas obras de tipografía. Unos creen que se abstuvo de firmarlas por un sentimiento de modestia cristiana, que no queria atribuir á un nombre humano una gloria que debia enteramente al divino inspirador de su invencion; otros presumen que no las firmó porque estas impresiones eran una obra industrial y servil á los ojos de la época, que hubiera degradado á su familia y su nobleza, y hecho descender de su rango en la patria.

Solamente sabemos, por un acto de donacion hecho á su hermana Hebel, religiosa del convento de Santa Clara, de Maguncia, que la puso en posesion de los libros piadosos que habia impreso en Estrasburgo, y le hizo la

promesa de enviarle sucesivamente todos los que salieran de su prensa.

Pero bastantes tribulaciones le esperaban al dia siguiente de su triunfo. Ya hemos visto que la necesidad de adquirir fondos para su empresa le habia obligado á admitir asociados; y ahora, la necesidad de admitir auxiliares en los trabajos múltiples de una grande imprenta, le habia obligado á poner á estos asociados y á un gran número de artesanos en la confianza de su obra y hasta en el secreto de sus procedimientos. Sus asociados, cansados de suministrar fondos á una empresa, que falta de consumo, no les remuneraba todavía, se negaron á proseguir una obra ingrata. Gutenberg les suplicó que no abandonasen un momento una empresa por medio de la cual tocaban ya al limite de la fortuna y de la gloria. No consintieron en suministrarle nuevos subsidios, sino á condicion de entrar en participacion completa de todos estos misterios, de todos sus beneficios, de toda su propiedad y de toda su gloria.

Para el éxito de la obra, les vendió su fama. El nombre de Gutenberg desapareció: la asociacion absorbió al inventor, y bien pronto no fué mas que uno de los artesanos de su propio taller. De este modo Cristóbal Colon volvió encadenado en su propia nave por su tripulacion á quien habia entregado un nuevo mundo.

XVI

Esto era poco todavía, los herederos de uno de sus asociados intentaron un proceso para disputarle la invencion, la propiedad y la explotacion de la obra. Le llevaron delante de los jueces de Estrasburgo para que le condenasen, no se sabe á que espoliacion mas auténtica y mas jurídica que la espoliacion voluntaria á que él mismo se habia condenado. Su perplejidad delante del tribunal fué estremada. Para justificarse le era preciso entrar en pormenores técnicos de su arte, que no queria divulgar completamente, reservándose al menos el misterio de sus esperanzas. Los jueces curiosos, le acosaban con preguntas insidiosas, para que por las respuestas revelase el secreto de todos sus procedimientos; pero él las eludia, prefiriendo la condena á la vulgarizacion de su arte. Los jueces para alcanzar el descubrimiento que preocupaba la imaginacion del pueblo, citaron á sus obreros mas allegados y les obligaron á dar testimonio de lo que sabian. Estos hombres sencillos, pero fieles y profundamente unidos á Gutenberg, se negaron á la revelacion; la propiedad de su maestro quedó mas segura en sus corazones que en los de sus ávidos asociados. Nada se supo acerca de los últimos misterios del arte

Gutenberg arruinado, condenado, y acaso espulsado, se retiró solo é indigente á Maguncia, su patria, para empezar allí nuevamente sus trabajos y para reconstruir su vida y su gloria.

Todavía era joven, y el ruido de su proceso en Estrasburgo habia popularizado su fama en Alemania; pero volvía á entrar artesano en una patria de donde habia salido caballero. La humillacion, la indigencia y la gloria, luchaban con su destino y con las miradas de sus conciudadanos. Solo el amor le reconoció por lo que habia sido y por lo que debia ser algun dia.

XVII.

He aqui lo que dicen respecto al asunto las tradiciones locales, y lo que atestiguan dos monumentos auténticos de los archivos de la catedral de Estrasburgo del año 1437: una prueba que la señora Ana de la Puerta de Hierro, esposa de Gutenberg, hizo un donativo á la catedral para adquirir el derecho de inscribir su nombre en la lista de los bienhechores, y asegurar de este modo ruegos sagrados para ella y sus descendientes; el otro hace mencion de su fallecimiento.

Gutenberg, proscripto por segunda vez por los plebeyos vencedores de la nobleza, fué amado por una joven, noble como él, de la ciudad de Estrasburgo; se llamaba Ana de la Puerta de Hierro, nombre de su casa, sin duda originario de la posesion de algun castillo feudal de las bocas de Rhin. El tambien la amaba con la pasion ardiente, grave y caballeresca de aquellos tiempos de fidelidad. Se habian prometido mutuamente y por escrito palabra de casamiento. Ana de la Puerta de Hierro no se creyó emancipada de su fé dada, por la pobreza y por las desgracias de su amante; le guardaba su juventud, su belleza y su corazon. Gutenberg por su parte, á su regreso al territorio de Maguncia debia reclamar la fé de su futura, y retirar la prenda de su propia fé que así le habia jurado; no lo hizo. Sea que temiese llevar á Ana, joven, noble y honrada, á la humillacion y á la indigencia en que se encontraba, sea que el sentimiento de haber rebajado por sus trabajos de artesano la ilustracion feudal de su raza, le hiciese indigno desde entonces á sus ojos, de aspirar á una sangre noble, Gutenberg no reivindicó la fé prometida y no ofreció desprender la suya; esperaba la rehabilitacion y mejores dias para dividirlo todo con la que amaba. Su humildad y sus escrúpulos se resistieron á las mas tiernas instancias de su futura, y no pudieron ser vencidas mas que por una decision jurídica hecha delante de la oficialidad de Estrasburgo, que le

obligó á que sostuviera la promesa de casamiento que habia jurado en otro tiempo.

Esta decision en favor de Ana de la Puerta de Hierro y en contra de su amante, existe aun como el único momento auténtico de su casamiento. Gutenberg cedió al fin á esta generosa violencia del amor, y se casó con Ana; sus hijos no vivieron.

La herencia y el heredero de los hombres grandes es su invencion y el género humano.

Después de la decision de los jueces del proceso, en 1439, que dejaba á Gutenberg dueño de su secreto, condenándole únicamente á dar una indemnizacion á los herederos de Andrés Dritzehen, abandonó los claustros del monasterio de San Arbogasto y volvió á entrar en la ciudad de Estrasburgo; habitó entonces la casa de Thiergasten, y estableció allí su primera imprenta.

Tal vez sea curioso observar que el recinto de esta casa es hoy el del Liceo, como si este lugar hubiera sido designado de antemano para un gran fin, y que después de haber fijado la ciencia por medio de la tipografía, hubiese sido destinado á propagarla por la enseñanza.

Cuando Gutenberg se vió obligado á abandonar á Estrasburgo en 1446, dejó allí las tradiciones de su arte á los colaboradores y á los obreros iniciados en su descubrimiento y en sus procedimientos; y vemos á Mentel ó Melin, escribano público, y á de Eckstein, canónigo de la catedral de Estrasburgo, que con el auxilio de los fondos suministrados por el convento de los cartujos, y sin haber trabajado en este arte tan poco conocido entonces, se establecen tipógrafos y proceden con la mas grande celebridad á imprimir y á dar á luz una Biblia alemana. Otras muchas obras aparecen sucesivamente, firmadas con la imprenta de Mentel, que hizo una fortuna rápida, mientras que el desgraciado Gutenberg, echado por la miseria, volvía á entrar fugitivo en Maguncia.

La fortuna que habia acrecentado la influencia de Mentel, y la rivalidad que sufría entre las ciudades independientes de Maguncia y Estrasburgo, favorecieron sus deseos ambiciosos de sustituir su nombre al de Gutenberg. Tuvo un éxito tan completo, que á los pocos años Gutenberg fué olvidado, ó voluntariamente separado, y Mentel proclamado en Estrasburgo inventor del arte divino y de las fiestas instituidas en su honor.

XVIII.

De vuelta á Maguncia, y relevado de la humillacion y de la ruina por la mano de una muger amada, como Mahoma por su primera esposa, Gutenberg se entregó enteramente á su arte, se asoció con Fausto y Scheffer, yerno

de Fausto, estableció sus talleres en Maguncia, y publicó, siempre bajo el nombre de sus asociados, Biblias y otros libros religiosos de una admirable pureza de carácter.

Scheffer había ejercido largo tiempo el oficio de calígrafo, y hecho el comercio de los manuscritos en París. Sus viajes y sus tratos con los artistas de aquella ciudad le habían dado á conocer procedimientos mecánicos para el empleo de los metales que aplicados por él á la imprenta, á su regreso á Maguncia le suministró nuevos medios de fundir en plomo las letras movibles en matrices de cobre con mas precision, y á dar así una limpieza perfecta á los caracteres. Con este nuevo procedimiento fué impreso un *Salterio* en 1457, el primer libro que lleva su fecha. Poco despues la *Biblia de Maguncia*, reconocida obra maestra del arte, fué ejecutada bajo la direccion de Gutenberg, con caracteres fundidos por el procedimiento de Pedro Scheffer.

El progreso del nuevo arte, que empezaba vulgarizando libros sagrados bajo los auspicios de la iglesia, pasó á los pocos años á la córte de Roma; vió auxiliares allí donde debia bien pronto tener agresores.

«En el número de los beneficios que podeis consagrar á Dios bajo vuestro pontificado, dice una dedicatoria del tiempo de Paulo II, soberano pontífice, está esta invencion que permite á los mas pobres comprar bibliotecas á un precio infimo. ¿No es infinitamente glorioso para vuestra Santidad, que volúmenes que costaban en otro tiempo *cien piezas de oro*, no cuesten hoy mas que cuatro, y aun menos, y que los frutos del genio, presa de los gusanos y del polvo donde estaban sepultados, comiencen bajo vuestro reinado á resucitar y á propagarse con profusion sobre la tierra?»

Pronto la ciudad de Venecia prestó sus prensas á las controversias religiosas, y las obras de *Juan Hus* fueron impresas en lengua eslava desde 1490, veinte años despues de la muerte de Gutenberg.

Pero ya la Francia en 1480 había alentado las imprentas alemanas para que se fijaran en París. Luis XI sobre todo se señaló por la acogida ilustrada que prestó á la tipografía, y por los generosos donativos que concedió á este nuevo arte.

Intentóse una acusacion en París contra Fausto, por haber vendido Biblias impresas, adornadas de viñetas, como manuscritos, á precios exorbitantes, y existe una certificación firmada por él en París en 1468, de un ejemplar de una obra de Santo Tomás de Aquino, vendido al enorme precio de quince escudos de oro. El parlamento de París, bajo la inspiracion de Luis XI, descargó á Fausto de toda acusacion, en atencion á que estos libros eran el producto de una nueva invencion desconocida todavía en París.

El rey hasta desistió de su derecho en ocasion de la muerte de Herman Statters, que ven-

dió en París los libros impresos por Scheffer, los cuales eran, segun la ley de aquella época, propiedad de la corona por el fallecimiento de un extranjero: «En consideracion, dice el decreto, á la utilidad que viene y puede venir á la cosa pública del arte de la imprenta, tanto para el aumento de la ciencia como de otras cosas, etc., etc., nos hemos condescendido liberalmente en que se restituya la cantidad de 2 428 escudos y 3 sueldos torneses á los herederos, etc.»

Las obras de *Ciceron* fueron el primer libro impreso despues de los libros sagrados, y hasta poco antes de Leon X, es decir, un siglo despues de la invencion de Gutenberg, no se pensó en reglamentar y en encadenar la imprenta.

XIX.

Sin embargo, el banquero Fausto y el artesano Scheffer, los dos nuevos colaboradores de Gutenberg, no tardaron en sucumbir, como Mentel ó Metelin en Estrasburgo, á la tentacion de apropiarse insensiblemente su gloria, la mas tentadora de las propiedades, porque es la mas inmortal. Esperaron como otros muchos engañar el porvenir, ya que no engañaran á sus contemporáneos. Despues de haber reconocido en la primera epístola dedicatoria de Tito Livio, traducida al alemán é impresa por Juan Scheffer, y ofrecida al emperador Maximiliano, «que el arte de la imprenta fué inventado en Maguncia por el sublime mecánico Juan de Gutenberg,» olvidan esta primera confesion, y usurpan siete años despues todo el mérito y todo el honor del descubrimiento.

El emperador Maximiliano, poco tiempo despues, asimilando á los impresores y á los compositores á una especie de sacerdocio del entendimiento, los relevó de toda derogacion á su nobleza por su noble oficio. Ennoblecí en masa el arte y los artistas, y los autorizó á poder llevar trages bordados de oro y plata, derecho esclusivo para los nobles; los dió por armas un águila con las alas estendidas sobre el globo, simbolo del vuelo y de la conquista de la palabra escrita sobre el universo.

XX.

Pero Gutenberg no existia ya sobre la tierra para gozar en ella de esta posesion del mundo intelectual, religioso y político, que había entrevisto solamente como Moisés, en sus ensueños del monasterio de San Arbogasto. Despojado por sus colaboradores de su propiedad y

de su gloria, espulsado últimamente de su patria por la miseria, únicamente consolado y seguido por su muger, fiel á todas sus vicisitudes, privado por la muerte de sus hijos, ya viejo, y bien pronto sin familia por la muerte de su esposa, fué recogido por el elector de Nassau, el generoso Adolfo. El elector le nombró su consejero de Estado y su chambelan, á fin de gozar en una honrosa familiaridad de la conversacion de este maravilloso genio que debia conversar mas tarde con todos los lugares y todos los tiempos. Este asilo dado á Gutenberg ilustra para siempre á Nassau y á su principe.

Gutenberg continuó imprimiendo con sus propias manos en Nassau, en presencia del elector, su Mecenas, durante algunos años de serenidad y de paz; despues murió á los sesenta y nueve años, no dejando á su hermana ninguna herencia, y dejando al mundo el imperio del entendimiento humano descubierto y conquistado por un artesano.

«Yo lego, dijo en su testamento, á mi hermana, todos los libros impresos por mí en el monasterio de San Arbogasto.» ¡Pobre inventor, que no tenia que legar á la que le sobrevivía mas que la riqueza de casi todos los inventores como él, su juventud consumida, su vida perseguida, su nombre desconocido, sus sudores, sus insomnios y el olvido de sus contemporáneos!

XXI.

Así vivió y murió este grande hombre; pero su arte no moria con él. La imprenta se propagó despues de su muerte con la instantaneidad de una explosion; hubo en poco tiempo prensas en todas las capitales de Europa. De aqui data la civilizacion renaciente é indefinida. La Francia, bajo Luis XI, la Inglaterra, la Holanda, la Alemania, Venecia, Génova, Roma, la Polonia, se apoderaron de la invencion para multiplicar sus libros sagrados y profanos.

El Oriente conoció este nuevo arte por los judíos refugiados en Constantinopla, que imprimieron tratados de literatura rabínica en 1500. Pero los musulmanes no hicieron uso de la imprenta hasta el siglo XVIII.

En fin, la Rusia, bajo la inspeccion del metropolitano, estableció una prensa en Moscou en 1580, con la avuda de los obreros venidos de Magdeburgo.

XXII.

Parece que todos los progresos de la humanidad deben comprarse con lágrimas; que

el sufrimiento sea la ley fatal de toda grande iniciacion. La imprenta había tenido sus apóstoles; ella tuvo también sus mártires. De todos ellos, Estéban Dolet fué el mas ilustre, por el brillo de su talento, por la pureza de su vida, y por la actividad de su suplicio. Nació en Lion en 1509, en el momento del renacimiento intelectual y literario, en el que las controversias religiosas iban también á comenzar sus primeras luchas; era sabio como Guillermo Budé, poeta como Marot, y acaso también filósofo como Rabelais, sin mezclar por eso en su filosofía el licencioso escepticismo del cura de Meudon. Lo que puede creerse es, que este hombre ardiente y fogoso, que no comerciaba con sus opiniones, que había tomado por armas parlantes, y por simbolo de la accion de la imprenta, una hacha ó *doladera* atacando un árbol nudoso, protestaba contra las doctrinas de Lutero, aunque se le haya condenado como ateo. Este es, segun parece, el razonamiento y el hombre que sus adversarios querían destruir mas bien que las creencias.

En estos tiempos de pasiones y de costumbres violentas, la vida de aquellos que consagraban sus fuerzas al desarrollo de la inteligencia humana, era un prolongado duelo en el cual, tarde ó temprano era preciso sucumbir. Sucesivamente estudiante en París, despues en Pádua, secretario de Juan de Lauzeac, embajador del rey de Francia en Venecia, estudiante de derecho de la facultad de Tolosa, Estéban Dolet no tenía aun veinte y cuatro años cuando ya, por último argumento de sus discusiones, sus enemigos le sumian en un oscuro calabozo. La intercesion de Juan Pinus, obispo de Rieux, le sacó de él bien pronto; pero entonces, asesinos pagados cometian empresas acerca de su vida; y como á pesar de sus peligros, el intrépido jóven no dejaba á Tolosa, intervino una sentencia del parlamento que le desterró (1533).

Dolet volvió entonces á Lion, donde obtuvo, despues de muchos esfuerzos (1535), un privilegio para imprimir sus *Comentarios sobre la lengua latina*, obra de inmensa erudicion que le pone al nivel de los Bembo, de los Escaligero, y de Erasmo, y le produjo un lugar brillante en el gran torneo que se abrió por este tiempo en el mundo literario, con motivo de Ciceron. Vemos que se turban estos bellos estudios por una nueva tentativa de asesinato sobre Dolet, quien mató valerosamente á su agresor. Pero ya era esto al menos un pretexto á las animosidades que querían su pérdida, y le encarcelaron como asesino. No fué necesario para hacerle salir de su prision, nada menos que la intercesion de Francisco I, interesado por Dolet, primero por su talento, y segun parece también, por la proteccion de la reina de Navarra. La munificencia real dió entonces al sabio perseguido la licencia de impresor mas estensa que se concedía entonces, como para que le sirviese de indemnizacion

legítima á sus sufrimientos inmerecidos (1537).

De las prensas de Dolet salieron sucesivamente, desde esta época, las obras de Marot y de Rabelais; publicaba igualmente todos los años sus propias obras y algunos de los libros mas ilustres de la antigüedad. Nuevas persecuciones vinieron en 1542 á interrumpir sus trabajos; vagas acusaciones de heregia le hicieron detener quince meses en la Conserjería de París.

Francisco I no era ya jóven, y decaía en la gloriosa proteccion que daba á las letras. Un bello libro, una obra de arte, no bastaba ya para proteger un artista contra sus consejeros fanáticos. Roberto Estéban y Marot habian dejado la Francia. Seguro de su conciencia, Dolet no quiso imitarlos. En vano el parlamento de París mandaba quemar sus libros, despues de haber sido obligado á renegar. No desertaba de la lucha, y el escritor vengaba al libre-ro. Habiendo vuelto á Lion, publicó poemas sobre su cautiverio y una traduccion de los *Diálogos* de Platon. Esta energia iba últimamente á serle fatal. En 1544 fué nuevamente aprisionado, y desconfiando esta vez de la parcialidad de sus jueces, logró fugarse y se escapó al Piamonte; pero bien pronto su amor al arte le tiende un lazo donde debia caer. Escribió al rey epístolas en verso para implorar una proteccion que le habia salvado en otro tiempo; no pudo resolverse á no vigilar él mismo la impresion, y volvió á entrar secretamente en Lion; pero sus enemigos acechaban su presa. Detenido, puesto delante de la facultad de teologia de París, se vió condenado como *ateo relapso* por pasages de sus libros, que protestó por tres veces no haber escrito nunca.

Dolet fué puesto en la tortura para enseñar á sus compañeros, como dice la sentencia que le condena, despues fué ahorcado y quemado en la plaza de Maubert; su cuerpo y sus libros convertidos en ceniza, y sus bienes confiscados. Dolet, á los treinta y siete años, murió tan intrépidamente como habia vivido, dejando casi en la indignencia á una esposa y á un hijo.

XXIII.

Pero el impulso estaba dado, y todas estas persecuciones no podian mas que ilustrar la nueva invencion sin detenerla una hora. Los mismos soberanos tuvieron á gloria grabar é imprimir con sus propias manos las obras de la antigüedad encontradas, como si esta participacion manual á la vulgarizacion de las obras maestras del genio, los hiciera partícipes del genio mismo. El pensamiento llegó á ser rey, y reinó sobre los reyes. María de Médicis, esposa de Enrique IV, dibujaba é imprimía es-

tampas para las ediciones reales. Una figura que representaba á una jóven, grabada con su propia mano, fué dada por esta reina á Felipe de Champagne. Luis XV en su juventud, hacia de este bello arte una curiosidad instructiva, é imprimía en su propio palacio un tratado de geografia europea. Los grandes impresores de los siglos que sobrevinieron al de Gutenberg, fueron á un mismo tiempo, artistas, sabios y escritores. Exhumaron la antigüedad entera, y exhumando sus obras maestras, las comentaron, las esplicaron y las interpretaron al mundo nuevo. La historia renació con la imprenta.

Hubo desde Gutenberg, hasta nuestros dias, escuelas, tradiciones y generaciones de impresores célebres, como habia habido escuelas de pintores, escultores y filósofos. Los tipógrafos, honrados hasta con el título de *compositores*, participaron de la gloria que sus ediciones de los autores griegos y latinos restituian á los poetas, á los oradores y á los historiadores del antiguo mundo; formaron parte, por decirlo asi, de la familia de estos hombres de genio; llegaron á ser poderosos, honrados, temidos, recompensados ó perseguidos por los gobiernos, segun que estos gobiernos eran mas ó menos hijos de la luz ó de las tinieblas. Las impresiones de los *Alde*, de los *Morel*, de los *Turnebe*, de los *Elzevirs*, naturalizaron aquellos nombres célebres de la tipografia en el universo sabio, por la limpieza de los caracteres, por la correccion de los textos y por el número de las obras dadas á las bibliotecas.

La familia de los Esteban, en París, ocupó durante siglo y medio la cima del arte. Protegidos por los reyes, y especialmente por Francisco I, perseguidos por la universidad, guarda tan celosa de sus ignorancias como de sus verdades, aprisionados por la Iglesia por una edicion de la Biblia acusada de errores, refugiados en Ginebra, aprisionados de nuevo en esta metrópoli del calvinismo por impresiones que herian la reforma, llamados á Francia, desterrados de nuevo, trasladando sus prensas de Ginebra á París, de París á Ginebra, la historia de esta familia de impresores, dice Mr. Didot, seria la del espíritu humano durante el renacimiento.

Pero durante estos cinco siglos, los procedimientos y las máquinas no hacen progresar menos á la imprenta que las ciencias á las letras. El arte tiene en los *Bodoni* en Parma, y en los *Didot* en París, sus Fidiás que esculpen, por decirlo asi, para los ojos, la forma material del pensamiento en caracteres y en ornamentos de lujo. Uno de los *Didot* inventa, en 1753, la prensa de un solo golpe; otro canta en un poema los progresos de su arte, é imprime él mismo su propio canto. Otro trae de Inglaterra la prensa en metal de lord *Stanhope* y la prensa cilíndrica, especie de principio perpétuo de los caracteres, que echa la pala-

bra escrita á torrentes, como una lava del entendimiento humano, para los periódicos y para los tribunales. Otro, en fin, Mr. Ambrosio Fermin Didot, escribe é imprime en nuestros dias bajo el modesto título de *Ensayo sobre la tipografia*, la historia mas erudita y mas completa del arte, de la que es al mismo tiempo el maestro y el historiador.

La instruccion elemental de las masas de consumidores sin límites á la palabra impresa; los caminos de hierro le abre vias, el vapor le presta alas, el telégrafo visual le da signos; en fin, la invencion reciente del telégrafo eléctrico, le comunica la instantaneidad del rayo. Mas realmente, que en el verso célebre sobre Franklin, «*Eripuit celo fulment!*» dentro de algunos años, una palabra pronunciada y reproducida sobre un punto cualquiera del globo, podrá iluminar el universo. La palabra,

por el procedimiento perfeccionado de Gutenberg, vendrá á ser por la materia, tan inmaterial, como cuando solo era pensamiento; pero este pensamiento será universal. La imaginacion se turba delante de las consecuencias futuras de estas invenciones, y delante de este reinado próximo de la idea por la palabra, Gutenberg ha espiritualizado al mundo.

Mucho tiempo su nombre ha sido desconocido; mucho tiempo se le ha disputado su gloria; pero es necesario recordar que la vida humana no era su objeto; estaba á mayor altura; ¡él la goce! El nombre del inventor se pierde, pero el beneficio se encuentra en sus consecuencias, en el fondo oculto de las cosas humanas. ¿Qué importan el olvido y la ingratitude de los hombres, si el Juez supremo es reconocido?